

El hombre argentino desde la perspectiva de la antropología filosófica

Dr. Arturo García Astrada

En este Congreso se nos ha interrogado por la esencia del hombre argentino. Como tantas veces sucede en el campo del pensamiento, la respuesta no puede darse de inmediato, sino que ella requiere un rodeo.

Ser argentino es un modo particular de ser hombre y, por ello, antes de considerar lo que a él le particulariza creo conveniente que nos detengamos brevemente a recordar lo que el ser del hombre es. Lo primero que debemos advertir es que el ser del hombre no es la totalidad del Ser, aunque participa en esa totalidad y es parte dentro de ella; en esa medida es ente. Y porque éste es tal en la medida en que participa del Ser resulta que aquello que lo constituye, aquello que constituye la más íntima *mismidad* de cada uno de nosotros no tiene su fundamento *en* sí mismo ni *desde* sí mismo, sino *en y desde* el Ser. Sin embargo, aunque nuestra *mismidad* tenga su fundamento en el Ser y *desde* el Ser, ella no se identifica con la totalidad que éste supone, sino que *está fuera* —*sistit extra*— de esa totalidad. Existencia significa *estar fuera*; por eso, porque nuestra *mismidad* está fuera de su fundamento, ella es *existencia*. Además, esta existencia, al no ser la totalidad, está marcada por una esencial nota de *finitud*. Pero no una finitud concebida como opuesta radicalmente a lo Infinito, sino sólo como momento dentro de ella. En tanto finito el ser del hombre no puede poseer la totalidad, sino que es ella quien lo posee y lo constituye; nosotros únicamente somos un *destino* dentro de esa totalidad. Es el Ser, fundamento de todo y que en todo se participa, quien se destina en el hombre. Aún podemos advertir algo más del hecho que nuestra *mismidad* no se funda *en y desde* sí misma: advertimos, en efecto, que en ella no está su centro y es, por lo tanto, *excéntrica*.

No debe confundirnos, sin embargo, ese hecho de *estar fuera* que es propio de la existencia. Él no significa ni intervalo, ni ruptura porque la existencia está en continuidad *con* el Ser y desde su raíz abierta a él. Es justamente por esa apertura que le llega el fundamento del cual es menesterosa. El hombre se diferencia de los otros entes porque comprendiendo su situación existencial, comprendiendo su excentricidad, no descansa nunca en sí mismo, sino que constantemente está trascendiéndose, constantemente tratando de cumplir y coincidir con el destino que tiene dentro de la totalidad del Ser. El hombre está en permanente búsqueda porque a sí mismo se experimenta como lejanía y soledad y su nostalgia lo orienta hacia una ausencia que presiente como lo más íntimo de su ser.

No solamente el ser del hombre tiene comprensión de su propia existencia, sino que, por esta misma comprensión, ella no le es indiferente y ejerciendo un acto de libertad la asume y la acepta. La libertad, en definitiva, consiste en esta aceptación y en esta asunción, y, por ello en dejar que nuestra *mismidad* llegue a ser lo que ella es y así realice su destino. Al aceptarse la existencia contrae una deuda: ella es *deudora* de sí misma y de su propia realización. Sin embargo, esta realización no puede ser una cualquiera, sino sólo aquella que permite a la existencia llegar a ser lo que ella ya es; diciéndolo con lenguaje aristotélico, aquella que permite actualizar todo lo que potencialmente ya se es. El continuo proyectarse del hombre no es sino una búsqueda de sí mismo a través de una voz que llama sin palabras. La vocación es esa silenciosa voz con la cual el ser del hombre a sí mismo se invoca para llegar a ser lo que es. Fue Píndaro, quien, con su célebre *llega a ser lo que eres*, acuñó el primer e ineludible mandato de nuestra autenticidad. Para que este mandato pueda cumplirse el hombre no debe perderse en las alienantes voces del mundo y caer así en olvido de sí mismo, sino por el contrario, hacer que eso que él es, sea la vocación de su vida y su misión. Hace falta, también, un acto de conocimiento sin temer su posible consecuencia ya que como se lee en el *Eclesiastés* "creciendo el dolor crece la pena". Y no cualquier clase de conocimiento es el que hace falta, sino aquel que para lograrlo es preciso emprender, según Sócrates, la más difícil de las tareas: conocerse a sí mismo. Verdaderamente la tarea es difícil, pues, como decía Nietzsche, "cada cual es para sí mismo el más lejano". Igualmente San Agustín, cuando se preguntaba:

“¿qué cosa más cercana de mí que yo mismo?”; tenía que anticipar esta respuesta: “ciertamente, Señor, trabajo aquí y me he hecho a mí mismo tierra de dificultades y de excesivo sudor”. Pero Sócrates tuvo plena conciencia que a pesar de la dificultad la tarea era necesaria y por ello afirmaba: “no podría consentir nunca que un hombre que no tiene conocimiento de sí mismo pudiera ser sabio”. Y aún da un paso más y agrega: “En esto, me atrevería a decir, consiste la sabiduría: conocerse a sí mismo”. No es extraño, entonces, que hiciera suya en forma definitiva una sentencia inscrita en el templo de Delfos: *Conócete a ti mismo*.

Además también fueron Sócrates y, luego, Platón quienes afirmaron que el conocimiento es reminiscencia. Conocerse a sí mismo es no ser olvidadizo de lo que se es, sino por el contrario, un acto de recuerdo. Es la memoria la que evoca y congrega todo nuestro ser. Ahora bien, la memoria y el recuerdo están haciendo alusión a una dimensión del tiempo. También está aludiendo a otra dimensión del tiempo aquel proyectar por medio del cual, nosotros, desde nuestro presente, estamos realizándonos y llegando a ser lo que somos. Ello nos advierte que el ser del hombre es temporalidad y ha sido Heidegger quien ha profundizado el especial modo cómo esta temporalidad se da en aquél. En el proyectarse, la *mismidad* del hombre va adviniendo a lo que realmente es y éste es el sentido originario de su futuro existencial. Este advenir se distingue del futuro de la concepción vulgar del tiempo porque en ésta el futuro es algo que *aún no es* pero que luego será. El advenir existencial, en cambio, es llegar a ser lo que ya se era; llegar a ser lo ya sido.

A este *sido* debemos diferenciarlo del simple pasado, o sea de algo que ya ha sido antes y ya no es más. Por el contrario, el ser del hombre nunca es pasado, aunque siempre es un *sido*. Digamos de paso, que la vinculación de lo *sido* con la esencia de lo que es se entronca con la mejor tradición filosófica. Ya Hegel decía: “El idioma alemán ha conservado en el tiempo pasado (*gewesen*) del verbo ser a la esencia (*wesen*) pues, la esencia es pasado aunque no un pasado intemporal”. El mismo sentido tienen aquellas extrañas palabras que utiliza Aristóteles para caracterizar a la esencia: *tò ti en einai, aquello que era ser*.

La temporalidad del ser del hombre nos conduce a la historicidad. La historicidad no es sino la consecuencia de aquél asumir el hombre su *mismidad* y transformarla en su intransferible destino. Todo lo que acontece en este movimiento, todos los momentos de este drama en el cual el ser del hombre es heredero de sí mismo constituye su historicidad.

Finalmente, digamos que el ser del hombre, cuando se encuentra en medio de la vida, está arrojado en algo que le es heterogéneo, está arrojado en un mundo desde el cual la historicidad toma su sentido. La vida se explica desde un otro, desde un *alter* respecto de ella. Como afirmaba Hegel, en la *Fenomenología del Espíritu*, el vivir consiste en una relación contradictoria entre el yo y lo otro. Pero es importante que advirtamos que, aunque el ser del hombre esté dado en una circunstancia, a ella no pertenece y en el fondo de sí mismo se siente extraño de ella. También ha sido Heidegger quien ha llamado la atención sobre esta característica y aunque para él el hombre es un *ser-en-el-mundo*, advierte que es la angustia la que capta la inhospitalidad que ello significa y la que evita que aquel ser caiga absorbido en un mundo que no constituye su verdadera morada.

Aproximémonos ahora al hombre argentino munidos de la breve descripción que hemos hecho y teniendo presente que los hombres sólo se diferencian en el modo y la intensidad de vivir dimensiones metafísicas y temples de ánimo que siempre son los mismos.

Empecemos diciendo que nosotros, argentinos, estamos en un mundo. Mundo no se limita, ciertamente, a ser el ámbito geográfico de un territorio, ni los accidentes que en él hay. Mundo es, también, el particular modo que los habitantes de ese territorio tienen de estar trascendiéndose, de estar realizándose y de estar segregando cultura a través de su historia. En este sentido, por ejemplo, puede hablarse de un mundo helénico, de un mundo medieval, de un mundo moderno. El hombre no puede vivir en una circunstancia sin hacer un esfuerzo por interpretar esa realidad y sin construir un sistema de ideas que le permita

atraparla y orientarse en medio de ella. Y eso, justamente, es la cultura. Ella es, entonces, la resultante y la objetivación de aquel proceso en el cual el hombre va autorrealizándose y convirtiéndose en heredero y tradición de sí mismo; es, pues, consecuencia de su historicidad. Hay pueblos, como el europeo por ejemplo, en los cuales hay casi completa unidad y coincidencia entre su propia realización y la cultura producida a través de ella. El proceso de su historización coincide con el de su culturalización. Para nosotros, en cambio, es aquí donde se produce una ruptura que se torna amenazante. El argentino recibió, y no pudo menos que aceptar, normas y categorías no elaboradas por él. Éstas, que en realidad ya son patrimonio del hombre planetario, cayeron sobre nosotros desde un ámbito de lejanía donde adquirieron su propia validez y su razón suficiente de ser, pero ellas no emergieron como consecuencia del intrínseco madurar de nuestra historia. Vivimos, pues, desde bifronte horizonte: una circunstancia casi virgen y casi ahistórica y el vasto horizonte histórico y cultural de Europa con el cual queremos interpretar aquélla. Y es aquí donde se produce esa ruptura que nos deja perplejos: nuestra historicidad no coincide totalmente con la pretendida historia universal de Europa que se nos impone. Nuestra vida fue entonces, no por capricho ni por azar, esencialmente pendular. Lo europeo se mostraba como *civilización*; lo vernáculo, las tradiciones de la tierra, como lo *bárbaro*. (Recordemos, entre paréntesis, que contrariamente a esta interpretación, en Grecia y Roma, bárbaro era el que no habitaba esas tierras, el extranjero, aunque luego, encarnando aquellas ciudades la civilización, el bárbaro fue identificado no con el extraño de una determinada tierra, sino con el extraño de la civilización). Ahora bien, en aquella polarización entre *civilización* y *barbarie*, cuya máxima potenciación fue llevada a cabo por Sarmiento, la civilización al no coincidir con nuestra historicidad y resultar, por eso, heterogénea a ella, corre el riesgo de mostrarse como esencialmente ahistórica. Civilización –derivado de *civilis*, que significa lo propio del ciudadano, del *civis*– tiene pleno sentido como fin de un proceso, pero no deja de tener graves dificultades cuando se ofrece como modelo para imitar. Cultura, en cambio, es no sólo la objetivación de un proceso, sino también lo que acompaña a éste en su desarrollo. Cultura deriva de *colere*, que entre otras cosas significa *cultivar, habitar, cuidar, proteger* y todo esto referido originariamente a

la tierra. Habría, pues, paralelamente a la civilización y barbarie otra polaridad: civilización y cultura.

El argentino, al manejar un andamiaje de ideas en cuya elaboración no ha intervenido, corre el riesgo de alienarse en él y asfixiar, de este modo, lo más originario de sí mismo. En caso que ello sucediera la cultura devendría disfraz y sus actos por aparentar estar donde en realidad no está, harían de él un *snob*. Los *sine nobilitate* de la cultura tienen, en efecto, que hacer gestos y ademanes de hombres cultos para ocultar un vacío que no aceptan y los hiere. Esta lucha dialéctica entre una ajena cultura europea que sería suicida ignorar y la aceptación de una oquedad que duele, fue vivida dramáticamente por los pensadores del romanticismo argentino. Echeverría, por ejemplo, en el discurso leído en el *Salón Literario*, luego de lamentarse porque todo el saber y la ilustración que poseemos no nos pertenece, agrega: "Es una vestidura hecha de pedazos diferentes y de distinto color, con la cual podemos cubrir nuestra, miserable desnudez". Pero quien puso mayor intensidad en aquel dramatismo y lo condujo a actitudes y expresiones antagónicas, fue Alberdi. El Alberdi de la madurez escribió en sus *Bases* estas duras palabras en las cuales es perceptible una clara resonancia hegeliana: "Las Repúblicas de la América del Sud son producto y testimonio vivo de la Acción de Europa en América. Lo que llamamos América independiente no es más que Europa establecida en América; y nuestra revolución no es otra cosa que la desmembración de un poder en dos mitades, que hoy se manejan por sí mismas. Toda la civilización de nuestro suelo es europea; la América misma es un descubrimiento europeo. La sacó a luz un navegante genovés y fomentó el descubrimiento una soberana de España". En cambio, en el discurso que él también pronunció en el *Salón Literario* dijo: "Seguir el desarrollo es adquirir una civilización propia aunque imperfecta y no copiar las civilizaciones extranjeras, aunque adelantadas". Y en el *Fragmento Preliminar al Estudio del Derecho*, que es de la misma época que el discurso –1837– leemos: "Depuremos nuestro espíritu de todo color postizo, de todo traje prestado, de toda parodia, de todo servilismo. Gobernémonos, pensemos, escribamos y procedamos en todo, no a imitación de pueblo ninguno de la tierra, sea cual fuere su rango, sino exclusivamente

como lo exige la combinación de las leyes generales del espíritu humano, con las individualidades de nuestra condición nacional”

Aquella polaridad que siempre acompaña al argentino en su vida cultural, lo conduce a vivir la contradicción como anidando en su corazón y advertir que su espontaneidad y su autenticidad están en permanente jaque. Y esto no es casual ni puede ser imputado a nadie, sino que es la consecuencia de un insólito hecho: Argentina –como América en general– es la gran ausente del pasado histórico, y en tal sentido, verdadero escándalo para la historia y para la razón que investiga por su sentido. Advirtamos, sin embargo, que en el particular modo de estar el argentino en el mundo se dan en forma agudizada todas aquellas notas que vimos eran propias del ser del hombre. Así, por ejemplo, el *estar fuera* de la historia y de la cultura tiene que conducirnos al radical *estar fuera*, constitutivo de toda *existencia*. Al problematizar nuestra existencia de argentinos, estamos problematizando en el fondo, a la existencia misma. No es común en el europeo, en cambio, que llegue a la problemática existencial a través de meditar en su destino nacional. Igualmente cuando quiere comprender su propia historia y se da cuenta que ello no es totalmente posible, sino desde una historia universal, de la cual, en cierto modo, se siente marginado, el argentino vive con extrañeza el carácter *excéntrico* de su historicidad. También la *finitud* adquiere un especial matiz para él cuando frente a esa historia universal mide la suya y es consciente de todo lo que en ella falta. No es extraño, entonces, que sienta la inhospitalidad de un mundo cultural en el cual está, pero del cual, en cierta medida, se siente extraño. La situación se ve agravada cuando ese mundo da señales de que algo en él está muriendo. No es posible ocultar el resquebrajamiento de sus estructuras y la caducidad de sus formas.

Todo esto no debe dar motivo para que nos rasguemos las vestiduras. Por el contrario, debe llevarnos a pensar que por su especial modo de estar en el mundo el argentino tiene la posibilidad –que por cierto debe aprovechar– de ahondar en la desnudez de su existencia, en la oquedad de ella, sabiendo que esta oquedad es, según el *Tao* “el origen de los diez mil seres y de donde saca

el *Tao* su propia eficacia". La existencia liberada de toda cobertura alienante no estará amenazada por fetichismos y por finitas objetivaciones, en las cuales sólo podrá gustar la insatisfacción. No satisfecha con ningún límite, buscará lo que está más allá de ella, buscará aquello en lo cual todo límite sea abolido. En ningún saber objetivo podrá descansar su anhelo, ni en ningún efímero encuentro podrá saciarse su espera. Sabrá que, como decía Heráclito, "si uno no espera lo inesperado, nunca lo encontrará".

En una situación como ésta, donde la ilusión que pueden producir la finitud y la objetivación ya no tendrá la fuerza de enceguecer, el pensar encuentra campo fértil. Éste comienza, justamente, cuando una *des-ilusión* inunda todo el ámbito de lo finito y lo objetivo. Esa es la situación del hombre argentino y con ella está indicada su misión. Él no puede ignorarse a sí mismo, aunque sepa que *creciendo el saber crecerá su pena*. Conociéndose, el primer acto de su libertad será asumirse a sí mismo para poder llegar a ser lo que es. San Martín, paradigma de nuestra nacionalidad y con esa autoridad que le confiere haber sabido escuchar y haber sido fiel a la voz del destino, nos dejó a los argentinos una sentencia definitiva: *serás lo que debes ser, y si no, no serás nada*.